

Los dos reyes y los dos laberintos

Cuentan los hombres dignos de fe (pero Alá sabe más) que en los primeros días hubo un rey de las islas de Babilonia que congregó a sus arquitectos y magos y les mandó construir un laberinto tan perplejo y sutil que los varones más prudentes no se aventuraban a entrar, y los que entraban se perdían.

Esta obra era un escándalo, porque la confusión y la maravilla son operaciones propias de Dios y no de los hombres. Con el andar del tiempo vino a su corte un rey de los árabes, y el rey de Babilonia (para hacer burla de la simplicidad de su huésped) lo hizo penetrar en el laberinto, donde vagó afrentado y confundido hasta la declinación de la tarde. Entonces imploró socorro divino y dio con la puerta. Sus labios no profirieron queja ninguna, pero le dijo al rey de Babilonia que él en Arabia tenía otro laberinto y que, si Dios era servido, se lo daría a conocer algún día.

Luego regresó a Arabia, juntó sus capitanes y sus alcaides y estragó los reinos de Babilonia con tan venturosa fortuna que derribó sus castillos, rompió sus gentes e hizo cautivo al mismo rey. Lo amarró encima de un camello veloz y lo llevó al desierto. Cabalgaron tres días, y le dijo: “¡Oh, Rey del tiempo y substancia y cifra del siglo!, en Babilonia me quisiste perder en un laberinto de bronce con muchas escaleras, puertas y muros; ahora el Poderoso a tenido a bien que te muestre el mío, donde no hay escaleras que subir, ni puertas que forzar, ni fatigosas galerías que recorrer, ni muros que te veden el paso”.

Luego le desató las ligaduras y lo abandonó a la mitad del desierto, donde murió de hambre y de sed. La gloria sea con aquel que no muere.

Jorge Luis Borges, en el Aleph.

01

La bailarina y el deseo

Una historia de origen árabe nos presenta a una encantadora bailarina que sabía bailar la más voluptuosa de las danzas, la de los cuatro encantos, a la que ningún hombre se resiste.

La cabeza hacia atrás, la boca entreabierta, los brazos extendidos, el cuerpo sabiamente desnudo, había sentido, ante la mirada de príncipes, todos los escalofríos del amor.

Al final de la danza, empapada en sudor y respirando de forma entrecortada, se fue de la sala y se desplomó en el jardín, cerca de un estanque donde flotaban rosas, y apoyó su frente caliente contra el mármol.

Un joven que la había seguido, poseído por el deseo de su cuerpo, se acercó a ella en medio de la noche, le hizo un comentario acerca de su perfecta danza y le preguntó en voz baja si le gustaba la voluptuosidad.

—No sé —le contestó ella— lo que significa esta palabra.

Tomado de: *El círculo de los mentirosos —Cuentos filosóficos del mundo entero—* de Jean Claude Carrière

02

En un lejano país existió hace muchos años una Oveja negra.

Fue fusilada.

Un siglo después, el rebaño arrepentido le levantó una estatua ecuestre que quedó muy bien en el parque.

Así, en lo sucesivo, cada vez que aparecían ovejas negras eran rápidamente pasadas por las armas para que las futuras generaciones de ovejas comunes y corrientes pudieran ejercitarse también en la escultura.

Augusto Monterroso en, *La oveja negra y otras fábulas*.

Dinosaurio enamorado

Hace millones de años, en plena selva jurásica, un dinosaurio cachondo se acercó a su pareja y le susurró al oído que estaba muriéndose de amor y de deseo.

—Ahora no se puede —dijo ella—, lo siento mucho, pero es que estoy en mi milenio.

Otto-Raúl González en, *Lecturas vertiginosas, antología de cuentos mínimos*.

El niño había puesto una gran caja en medio de la habitación y desde hacía unas horas navegaba así, bogando en el vacío, escrutando el horizonte perdido en el muro, con la alfombra simulando el océano y la caja un enorme velero.

Como siempre, el padre llegó del trabajo a las seis.

Entró en el salón, tuvo tiempo de desaprobar la idea de su hijo, pisó en ese momento el borde de la alfombra, dio un paso más y se hundió y murió ahogado.

Jacques Sternberg

Tomado de: *El Semanario*, suplemento cultural del periódico *Novedades*, número 54, 27 de abril de 1983.

El espejo chino

El espejo es a menudo accesorio del sueño.

Un campesino chino se fue a la ciudad para vender su arroz. Su mujer le dijo:

—Por favor, tráeme un peine.

En la ciudad, vendió su arroz y bebió con unos compañeros. En el momento de regresar, se acordó de su mujer. Ella le había pedido algo, pero ¿qué? No podía recordarlo. Compró un espejo en una tienda para mujeres y regresó al pueblo.

Entregó el espejo a su mujer y salió de la habitación para volver a los campos. Su mujer se miró en el espejo y se echó a llorar. Su madre, que la vio llorando, le preguntó la razón de aquellas lágrimas.

La mujer le dio el espejo diciéndole:

—Mi marido ha traído a otra mujer.

La madre cogió el espejo, lo miró y le dijo a su hija:

—No tienes de qué preocuparte, es muy vieja.

Tomado de: *El círculo de los mentirosos —Cuentos filosóficos del mundo entero—* de Jean Claude Carrière

Doctor Frankenstein

Hace unas semanas le envié una carta a un tipo en la que le acusaba de comer niños. Todo me lo inventé: la ciudad a la que iba dirigida, la calle, el número, el nombre del tipo..., todo excepto el remitente. Hoy he recibido contestación. Tengo miedo de abrir el sobre. De haber creado un monstruo.

Jesús Bernabéu

Tomado de: *Babelia*, suplemento cultural del periódico *El País*, número 566, 29 de septiembre de 2002.

07

Una pasión en el desierto

El extenuado y sediento viajero perdido en el desierto vio que la hermosa mujer del oasis venía hacia él cargando un ánfora en la que el agua danzaba al ritmo de las caderas.

—¡Por Alá —gritó—, dime que esto no es un espejismo!

—No —respondió la mujer, sonriendo—. El espejismo eres tú.

Y

en un parpadeo de la mujer

el hombre desapareció.

José de la Colina en, *Minificción mexicana*. UNAM.

08

Un hombre perdió su hacha; y sospechó del hijo de su vecino. Observó la manera de caminar del muchacho —exactamente como un ladrón—. Observó la expresión del joven —idéntica a la de un ladrón—. Observó su forma de hablar —igual a la de un ladrón—. En fin, todos sus gestos y acciones lo denunciaban culpable de hurto.

Más tarde el hombre encontró su hacha en un valle, y cuando volvió a ver al hijo de su vecino todos los gestos y acciones del muchacho le parecieron muy diferentes a los de un ladrón.

Lie Yukou

Tomado de: *La largueza del cuento corto chino*, Verdealago

Wang iba por el bosque, camino a su casa, cuando vio dos zorros que parados en sus patas traseras, reían y se pasaban un papel entre las manos. Sobresaltado, Wang preparó su arco y disparó una flecha que hizo blanco en el ojo del zorro que tenía el papel. Los zorros huyeron dejando el papel abandonado, y Wang lo reconoció.

Más tarde, en una posada, Wang relató su aventura a los huéspedes. Un hombre que había escuchado con mucha atención, herido de un ojo, pidió a Wang que mostrara el papel en referencia; pero alguien se fijó que tenía cola y gritó: “¡Un zorro!” Aquel hombre se transformó en zorro y huyó despavorido.

Wang continuó su viaje. En el camino encontró a su familia. Le dijeron que habían recibido su carta donde él ordenaba que vendieran todos los bienes familiares. Wang examinó dicha carta y no era más que un papel en blanco. Decidieron regresar a su pueblo para trabajar y rehacer fortuna.

El hermano menor de Wang, a quien todos habían dado por muerto, volvió un día a casa, y al enterarse de la desgracia familiar exclamó: “¡El origen de este gran mal está en los zorros!”. Entonces Wang decidió mostrarle el papel. El hermano lo tomó presuroso y, al tiempo que gritaba: “¡He logrado recobrarlo!”, se convirtió en zorro y desapareció.

Niu Shiao

(Siglo IX)

Tomado de: *La largueza del cuento corto chino*, Verdealago

El grano de maíz curado

En una historia contemporánea pero cuya estructura es también antigua —historia que se cuenta en todos los centros psiquiátricos—, un hombre es internado porque se cree un grano de maíz.

Un día lo dan por curado y sale.

Un momento más tarde, el psiquiatra lo ve volver a toda prisa, aparentemente aterrado.

—¿Qué le ocurre? —pregunta el doctor.

—Es terrible —contesta el hombre—. Al salir me he encontrado con una gallina.

—¿Y? —le dice el doctor—. ¡Ya sabe que no tiene nada que temer! ¡Que usted no es un grano de maíz!

—Sí, doctor, yo lo sé. Pero ¿la gallina también lo sabe?

Tomado de: *El círculo de los mentirosos —Cuentos filosóficos del mundo entero—* de Jean Claude Carrière

11

La Fe y las montañas

Al principio la fe movía montañas sólo cuando era absolutamente necesario, con lo que el paisaje permanecía igual a sí mismo durante milenios.

Pero cuando la fe comenzó a propagarse y a la gente le pareció divertida la idea de mover montañas, éstas no hacían sino cambiar de sitio, y cada vez era más difícil encontrarlas en el lugar en que uno las había dejado la noche anterior; cosa que por supuesto creaba más dificultades que las que resolvía.

La buena gente prefirió entonces abandonar la Fe y ahora las montañas permanecen por lo general en su sitio.

Cuando en la carretera se produce un derrumbe bajo el cual mueren varios viajeros, es que alguien, muy lejano o inmediato, tuvo un ligerísimo atisbo de Fe.

Augusto Monterroso en, *La oveja negra y otras fabúlas*.

12

En la selva amazónica, la primera mujer y el primer hombre se miraron con curiosidad. Era raro lo que tenían entre las piernas.

—¿Te han cortado? —preguntó el hombre.

—No —dijo ella—. Siempre he sido así.

Él la examinó de cerca. Se rascó la cabeza. Allí había una llaga abierta. Dijo:

—No comas yuca, ni plátanos, ni ninguna fruta que se raje al madurar. Yo te curaré. Échate en la hamaca y descansa.

Ella obedeció. Con paciencia tragó los menjunjes de hierbas y se dejó aplicar las pomadas y los ungüentos. Tenía que apretar los dientes para no reírse, cuando él le decía:

—No te preocupes.

El juego le gustaba, aunque ya empezaba a cansarse de vivir en ayunas y tendida en una hamaca. La memoria de las frutas le hacía agua la boca.

Una tarde, el hombre llegó corriendo a través de la floresta. Daba saltos de euforia y gritaba:

—¡Lo encontré! ¡lo encontré!

Acababa de ver al mono curando a la mona en la copa de un árbol.

—Es así —Dijo el hombre, aproximándose a la mujer.

Cuando terminó el largo abrazo, un aroma espeso de flores y frutas, invadió el aire. De los cuerpos, que yacían juntos, se desprendían vapores y fulgores jamás vistos, y era tanta su hermosura que se morían de vergüenza los soles y los dioses.

Eduardo Galeano

Tomado de: *Relatos vertiginosos. Antología de cuentos mínimos*. Editorial Alfaguara.

El ojo del elefante

Cuenta una historia procedente de Camerún que un elefante cruzaba un río. De repente uno de sus ojos se salió de la cuenca y cayó al fondo del agua.

El elefante, enloquecido, se puso a buscar por todas partes, pero en vano. El ojo parecía a todas luces perdido.

Mientras se agitaba en medio del río, a su alrededor, los animales acuáticos, los peces, las ranas, y también los pájaros y las gacelas que permanecían en la margen, le gritaban:

—¡Cálmate! ¡Tranquilo, elefante! ¡Cálmate!

Pero el elefante no los oía y siguió buscando el ojo, sin encontrarlo.

—¡Tranquilo! —le gritaban— ¡Tranquilo!

Finalmente los oyó, se detuvo y los miro. Entonces el agua del río se llevó suavemente el cieno y el lodo que el elefante había levantado con su movimiento. Entre sus patas vio el ojo en el agua, que se había vuelto clara.

Lo recogió y lo volvió a colocar en su sitio.

Tomado de: *El círculo de los mentirosos —Cuentos filosóficos del mundo entero—* de Jean Claude Carrière

Un número equivocado, supongo

Ahora que han pasado años me atrevo a contarlo. Regresábamos del entierro de mi madre, un viaje largo, con niños y con el mal sabor de boca de una agria discusión familiar. Después de meter el coche en el garaje, sin deshacer el equipaje, hice lo que siempre hacía cuando volvía de casa, llamar para decir que habíamos llegado bien, sin darme cuenta de que aquella casa estaba ahora vacía.

—Mamá... —dije, y me contestó una voz de mujer que me pareció cálida:

—Sí, dime, hijo.

Caí inmediatamente en la cuenta y colgué. Supongo que me equivoqué de número.

Ramón Martín Hernández

Tomado de: *Babelia*, suplemento cultural del periódico *El País*, número 555, 13 de julio de 2002.

15

Devoción

Debajo de un árbol, frente a la casa, veíase una mesa y sentados a ella la muerte y la niña tomaban el té. Una muñeca estaba sentada entre ellas, indeciblemente hermosa, y la muerte y la niña la miraban más que al crepúsculo, a la vez que hablaban por encima de ella.

—Toma un poco de vino —dijo la muerte.

La niña dirigió una mirada a su alrededor, sin ver, sobre la mesa, otra cosa que té.

—No veo que haya vino —dijo.

—Es que no hay —contestó la muerte.

—¿Y por qué me dijo usted que había? —dijo.

—Nunca dije que hubiera, sino que tomes —dijo la muerte.

—Pues entonces ha cometido usted una indiscreción al ofrecérmelo —respondió la niña muy enojada.

—Soy huérfana. nadie se ocupó de darme una educación esmerada —se disculpó la muerte.

La muñeca abrió los ojos.

Alejandra Pizarnik

Tomado de: *El Semanario*, suplemento cultural del periódico *Novedades*, número 78, 16 de octubre de 1983.

16

El portal de los muertos

En las noches de verano jugábamos al escondite. El portal de los muertos era un lugar seguro, nadie se atrevía a buscarte allí. Una noche, escondida en el rellano del primer piso, pude ver por una puerta entreabierta cómo un hombre mataba a una mujer. Ella gritaba e intentaba quitárselo de encima. Tras unos minutos de forcejeos se besaron y se quedaron desnudos sobre el suelo. A la mañana siguiente, vi a aquella mujer limpiando la acera del portal de los muertos, mi madre la saludó: era la nueva inquilina de doña Juana.

Jana

Tomado de: *Babelia*, suplemento cultural del periódico *El País*, número 554, 8 de julio de 2002.

17

Inverosímil pero lógico

Los fantasmas me contaron que los más tristes de todos ellos son los que deciden suicidarse y convertirse en vivientes.

José de la Colina

Tomado de: *El Semanario*, suplemento cultural del periódico *Novedades*, número 65, 3 de julio de 1983.

18

Con tacto exquisito, depositó el paquete en la mesa, entre las migajas y los platos sucios.

—No sufras más —dijo sosteniéndole la mirada—. Éste es un remedio probado incontables veces, a lo largo de los siglos, en toda la Tierra. Hace ciegos a los que ven y mudos a los que hablan y sordos a los que oyen; o al revés, da lo mismo. Mueve montañas o detiene las nubes. Hace hermosos a los feos e inteligentes a los imbéciles; devuelve la juventud; procura el olvido o enciende la memoria; borra todo rastro o lo descubre donde no existe. Ablanda voluntades y endurece corazones. Otorga la salud y propicia la muerte. Acorta las distancias, abre las puertas, multiplica las horas o las convierte en segundos. Sobre todo, entiéndeme, es el único afrodisiaco que no fracasa jamás.

Ella supo que era un fajo de billetes.

Felipe Garrido en, Minificción mexicana. UNAM.

Cuando Tseng Shen salió de viaje a Fei, otro hombre homónimo de él mató a una persona. Entonces alguien fue a ver a la mamá de Tseng Shen y le dijo que su hijo había cometido un asesinato. Ella contestó: “Es imposible. Mi hijo nunca haría eso”. Y siguió en sus quehaceres.

Más tarde llegó otro individuo a decirle a la madre que su hijo era un asesino, y ella volvió a desmentirlo. Por tercera vez vino otra persona con el mismo relato, pero entonces la madre se asustó y echo a correr llorando.

Anónimo

(Período de los Reinos Beligerantes)

Tomado de: *La largueza del cuento corto chino*, Verdealago

Un espejo en el desierto

El poeta persa que llamamos Rumi cuenta, en el *Masnavi*, la historia de un hombre de horrible fealdad que atravesó a pie el desierto.

Vio algo que brillaba en la arena. Era un trozo de espejo. El hombre se agachó, cogió el espejo y lo miró. Nunca antes había visto un espejo.

—¡Qué horror! —exclamó—. ¡No me extraña que lo hayan tirado!

Tiró el espejo y prosiguió su camino.

Tomado de: *El círculo de los mentirosos —Cuentos filosóficos del mundo entero—* de Jean Claude Carrière

21

El olvido

Abel y Caín se encontraron después de la muerte de Abel. Caminaban por el desierto y se reconocieron desde lejos, porque los dos eran muy altos. Los hermanos se sentaron en la tierra, hicieron una fogata y comieron. Guardaban silencio, a la manera de la gente cansada cuando declina el día. En el cielo asomaba alguna estrella que aún no había recibido su nombre a la luz de las llamas, Caín advirtió en la frente de Abel la marca de la piedra y dejó caer el pan que estaba por llevarse a la boca y pidió que le fuera perdonado su crimen

Abel contestó:

¿Tu me has matado o yo te he matado? Ya no recuerdo; aquí estarnos juntos como antes.

Ahora sé que en verdad me has perdonado –dijo Caín– porque olvidar es perdonar. Yo trataré también de olvidar. Abel dijo despacio:

– Así es. Mientras dura el remordimiento dura la culpa.

Jorge Luis Borges. en, *Libro del cielo y del infierno*.

22

Cada mujer: un museo

Cada mujer es un museo, le dije mientras ella abría sus puertas y yo buscaba la obra perfecta en su interior. Nada encontré, sólo recorrí pasillos y pasillos de arte inútil y superficial.

Cada mujer es un tiovivo, le dije, mientras dábamos vueltas y vueltas, ambos sonriendo para los fotógrafos. Flash-flash. Sólo eran apariencias que los retratos ayudaban a esconder.

Cada mujer es un mapa, le dije, mientras yo intentaba trazar cartografías, nuevos caminos. Aunque todo está recorrido, uno pretende ser descubridor.

Cada mujer es un punto fijo, insistí, mientras ella hacía maletas, guardaba su vida y se marchaba.

—¿Estás seguro? —cuestionó.

—Cada mujer —le aseguré.

—Nada de eso —corrigió.

Cada mujer se aleja tarde o temprano, terminé por decirle, mirándola irse, dejándola ir.

Luis Humberto Crosthwaite en, *Lecturas vertiginosas*

23

La buena conexión

Otra vez, Nasrudin le dio un cántaro a una de sus hijas y le pidió que fuese a buscar agua a la fuente. Justo cuando ella estaba a punto de salir de casa, él le dio un fuerte bofetón y le dijo:

—¡Ve con cuidado y no rompas el cántaro!

Un amigo que estaba allí le dijo a Nasrudin:

—A veces tu comportamiento me parece muy injusto. ¿Por qué has abofeteado a la pobre muchacha?

—La he abofeteado en el momento indicado —contestó Nasrudín—. ¿De qué serviría abofetearla después de que hubiese roto el cántaro?

Tomado de: *El círculo de los mentirosos —Cuentos filosóficos del mundo entero—* de Jean Claude Carrière

24

El solitario de la isla

Al desembarcar en la isla ignorada por todos los geógrafos, los marineros la hallaron habitada sólo por un hermoso anciano, de rostro fresco y clara mirada, que los recibió sonriendo. Le pidieron que les contara su historia.

—Sólo puedo decirles —dijo el anciano, siempre sonriente— que he venido aquí a olvidar.

Los marineros, más curiosos, estrecharon el círculo:

—¿A olvidar qué?

El solitario, que sonreía aún, respondió:

—Lo he olvidado.

Oscar Wilde

Tomado de: *El Semanario*, suplemento cultural del periódico *Novedades*, número 76, 2 de octubre de 1983.

25

Amor silente

Creo que ésta será la última vez que te dé las gracias. Posiblemente no recuerdes cuál fue la primera. Yo sí. Hace mucho tiempo, bajábamos juntos en el ascensor de la escuela donde estudiábamos y te fijaste en que llevaba el cuello del gabán descolocado. Te acercaste y con las dos manos me agarraste por las solapas y me atrajiste con fuerza hacia tu metro cincuenta, al mismo tiempo que liberabas una de las puntas hasta dejarlas simétricamente ordenadas. Todo transcurrió en unos milisegundos de esos que aparecían en los ejercicios de clase, pero su efecto duró casi once años. Cada vez que me embutía en una prenda de abrigo no podía evitar darte las gracias por aquel instante de dulzura. Hoy será la última vez, me cuesta trabajo aceptar la idea de que has permanecido impacible a todo mi caudal de gratitud, a toda la fuerza de mis pensamientos, a todo el tiempo de proceso cerebral que te dediqué, pero debo aceptarlo. Te vi ayer, se lo estabas haciendo a tu marido.

Melquiades Carbajo Martín

Tomado de: *Babelia*, suplemento cultural del periódico *El País*, número 552, 22 de junio de 2002.

26

Un hombre amaba por igual a dos mujeres. Ellas le pidieron que les dijera cuál de ellas era su favorita.

Les pidió que esperaran hasta que él les comunicara su decisión.

Entonces mandó hacer dos anillos exactamente iguales. Y dio un anillo a cada una de ellas por separado.

Entonces las llamó a las dos y les dijo:

“La que tiene el anillo es a la que más amo”.

Attar de Nishapur

(Sufí del siglo IX)

Traducción de Juan Antonio Ayala.

Tomado de: *El Semanario*, suplemento cultural del periódico *Novedades*, número 72, 4 de septiembre de 1983.

Al hombre que cabalgaba largamente por tierras selváticas le acomete el deseo de una ciudad. Finalmente llega a Isidora, ciudad donde los palacios tienen escaleras de caracol incrustadas de caracoles marinos, donde se fabrican según las reglas del arte largavistas y violines, donde cuando el forastero está indeciso entre dos mujeres encuentra siempre una tercera, donde las riñas de gallos degeneran en peleas sangrientas entre los apostadores. Pensaba en todas estas cosas cuando deseaba una ciudad. Isidora es, pues, la ciudad de los sueños; con una diferencia. La ciudad soñada lo contenía joven; a Isidora llega a avanzada edad. En la plaza está la pequeña pared de los viejos que miran pasar la juventud; el hombre está sentado en fila con ellos. Los deseos son ya recuerdos.

Ítalo Calvino

(Traducción de Aurora Bernárdez)

Tomado de: *El Semanario*, suplemento cultural del periódico *Novedades*, número 67, 31 de julio de 1983.

Corazón de barro

Para Rafael López Castro

Una noche tuve un sueño maravilloso. Soñé que estaba a la orilla del mar, en una playa rocosa. Las olas reventaban y la espuma me salpicaba. Comencé a oír una canción; la canción más hermosa que he escuchado jamás. La cantaba una sirena que tocaba su guitarra en el agua, cerca de la orilla.

A la mañana siguiente me levanté tempranito. Era domingo y todos dormían. Me vestí sin hacer ruido, para no despertar a mi hermano; bajé las escaleras, atravesé el patio y entré al taller. ¡Qué quieto, qué callado estaba! Hacía un poquito de frío. Junto a la ventana, en una repisa, había un montón de barro, cubierto con un trapo mojado. Puse un poco en uno de los tornos, me eché agua en las manos y comencé a trabajar.

Dentro de mí yo seguía viendo a la sirena que cantaba. Cerraba los ojos y la veía tan claramente como en mi sueño. Comencé a copiarla con pedacitos de arcilla. Trabajé mucho tiempo, sin moverme de mi lugar. Le puse su corona de plumas, su guitarra, sus collares, su gran cola de pescado. Luego la vi completa, mi sirena, y me gustó. Al final le puse, por fuera, también de barro, un corazón.

—Eres un artista —me dijo el abuelo al rato, cuando la vio. La llevamos al horno. Luego la pinté. La puse en mi cuarto, arriba de la mesa. En las noches, cuando me estoy quedando dormido, como que la oigo cantar.

Felipe Garrido en, Minificción mexicana. UNAM.

29

El temor a los fantasmas

Una noche de luna llena, un hombre que caminaba por el bosque inclinó la cabeza y, al ver su sombra, pensó que un mal espíritu estaba a sus pies. Luego levantó la cabeza y, al ver los mechones de su cabello, creyó que un demonio estaba detrás de él. Lleno de pavor se dio la vuelta y caminó de espaldas hasta su casa.

Shun Kuang

(Siglo IV a. C.)

Tomado de: *La largueza del cuento corto chino*, Verdealago

30

Un sueño humedo

Una breve historia zen nos presenta a un hombre que deseaba ardientemente hacerse rico. Sólo pensaba en el dinero, sólo rezaba por conseguir dinero. Un día de invierno, de regreso del templo, vio un gran monedero apresado en el hielo del camino.

Pensando que sus plegarias habían sido por fin escuchadas, intentó sin éxito coger el monedero. El objeto seguía preso del hielo. Entonces el hombre orinó encima del monedero para fundir el hielo.

Y se despertó en una cama completamente mojada.

Tomado de: *El círculo de los mentirosos —Cuentos filosóficos del mundo entero—* de Jean Claude Carrière

31

La neurororschatitis

El alienado por la neurororschatitis, en lugar de ver las manchas de tinta como si fueran cosas, empieza a ver las cosas como si fueran manchas de tinta. Lo más peligroso de la enfermedad es la fase violenta, cuando el paciente empieza a atacar a todos los demás con líquido borratintas, con el resultado de que los hace desaparecer. En la fase pacífica, arrepentido, se pone a volver a dibujarlos, pero como le quedan tan mal, sufre otro ataque de cólera que lo induce a un nuevo proceso de borramiento. El primer caso de esta enfermedad fue localizado en un lugar de la Mancha.

Luis Britto García en, *Relatos vertiginosos*

32

El rey que adivinó su futuro

Un rey, que también era astrólogo, leyó en las estrellas que un día determinado y a una hora exacta caería sobre él una calamidad.

Por eso se construyó una casa de roca sólida y puso afuera muchos guardias.

Un día, cuando estaba adentro, se dio cuenta de que aún podía ver la luz del día. Encontró una apertura que tapó para impedir que entrara la desgracia. Al cerrar esta puerta se convirtió en prisionero por sus propias manos.

Y, por esto, el rey murió.

Attar de Nishapur

(Sufi del siglo IX)

Traducción de Juan Antonio Ayala.

Tomado de: *El Semanario*, suplemento cultural del periódico *Novedades*, número 74, 18 de septiembre de 1983.

33

El viejo verde

Recuerdo especialmente aquel día porque fue una de las pocas veces que mi madre me dedicó un gesto sincero de agradecimiento. Yo era pequeño y mi madre viuda. Íbamos los dos camino del médico en un autobús repleto de gente, mi madre sujeta a la barra superior y yo agarrado a su falda. De vez en cuando, mi madre movía bruscamente la cadera hacia delante y me estrujaba la cara con sus piernas. Al principio no le presté atención, creía que era por culpa del balanceo del autobús. Pero cuando entre estrujón y estrujón cada vez pasaba menos tiempo aquello empezó a molestarme. Miré hacia arriba, y vi a mi madre con la cara desencajada de ira mirando de reojo a un señor mayor con sombrero que estaba pegado a su espalda. Yo era muy pequeño como para entender lo que es capaz de hacer un viejo desesperado en un autobús lleno de gente, pero lo que sí comprendí es que mi madre estaba pasando un mal rato por culpa de aquel hombre. Le solté una patada en la espinilla y le grité que dejara en paz a mi madre. El autobús entero comenzó a recriminar al viejo, y en la siguiente parada se bajó con la cara y la pierna enrojecidas. Mi madre se agachó, puso su cara a la altura de la mía y me besó la punta de la nariz.

Javier Delgado Fernández

Tomado de: *Babelia*, suplemento cultural del periódico *El País*, número 552, 22 de junio de 2002

34

Mi vecino es amable

Nutzi Oreva Prim parece que es soltero. Yo le miro y le miro cuando sube la escalera con paso alegre y distraído. Oreva Prim es muy guapo, pero es mayor que yo. Mi madre dice que los hombres mayores siempre quieren aprovecharse. Yo no creo. Oreva Prim me regala chocolates y es muy bueno: también le da miguitas a las palomas. Me dijo que esta tarde subiera a verle porque tiene un libro con estampas y más chocolates. No pienso decirle a mi mamá.

Samuel Fontana

Tomado de: *Babelia*, suplemento cultural del periódico *El País*, número 554, 8 de julio de 2002.

35

Todo exceso es malo

El fantasma amante de los récords se ejercitó en lograr el mayor número de apariciones en el menor tiempo... y cuando logró aparecer sesenta veces por minuto descubrió con terror que se había vuelto un hombre vivo.

José de la Colina

Tomado de: *El Semanario*, suplemento cultural del periódico *Novedades*, número 67, 31 de julio de 1983.

36

La mosca que soñaba que era un aguila

Había una vez una Mosca que todas las noches soñaba que era un Águila y que se encontraba volando por los Alpes y por los Andes.

En los primeros momentos esto la volvía loca de felicidad; pero pasado un tiempo le causaba una sensación de angustia, pues hallaba las alas demasiado grandes, el cuerpo demasiado pesado, el pico demasiado duro y las garras demasiado fuertes; bueno, que todo ese gran aparato le impedía posarse a gusto sobre los ricos pasteles o sobre las inmundicias humanas, así como sufrir a conciencia dándose topes contra los vidrios de su cuarto.

En realidad no quería andar en las grandes alturas, o en los espacios libres, ni mucho menos.

Pero cuando volvía en sí lamentaba con toda el alma no ser un Águila para remontar montañas, y se sentía tristísima de ser una Mosca, y por eso volaba tanto, y estaba tan inquieta, y daba tantas vueltas, hasta que lentamente, por la noche, volvía a poner las sienes en la almohada.

Augusto Monterroso en, Minificción mexicana. UNAM.

37

Despistada

Tardaban en abrir la puerta. Verificó que el número del departamento fuera el correcto. Tantas veces había estado frente a una casa equivocada o acudido a una cita el día después que más le valía confirmar.

Sonrió acordándose de los tropiezos de su mente. De niña olvidaba los suéteres en la banca del colegio, de jovencita las gafas, los nombres de los maestros y los cumpleaños de los novios. El despiste había crecido con la edad. Un día regresó a casa en autobús, su marido sorprendido por la tardanza le preguntó por el auto: lo había dejado estacionado frente al trabajo. Repetidas veces trató de subirse a un coche ajeno y forcejeó con la cerradura hasta que el dueño la sorprendió.

Nadie abría la puerta. Se asomó por las ventanas. Las persianas cerradas sólo enseñaban la capa de polvo sobre el esmalte.

Se hizo de noche. Las campanadas de la iglesia a los lejos la aclararon. Había olvidado su propia muerte.

Mónica Lavín en, Minificción mexicana. UNAM.

38

El esclavo y el amo

El señor Yin tenía un viejo esclavo, débil y enfermizo, que realizaba su trabajo con muchas penurias. Al llegar la noche el esclavo se sentía completamente agotado. Dormía profundamente. Su espíritu quedaba libre y soñaba que era un rey muy poderoso. Se paseaba entre muchos palacios y todos sus deseos eran satisfechos. Gozaba de innumerables placeres. Al amanecer despertaba y volvía a ser esclavo.

El Señor Yin tenía muchas preocupaciones por conservar y aumentar sus riquezas. Al llegar la noche sufría una gran fatiga en el alma y en el cuerpo. Al dormir soñaba que era un esclavo abrumado por el trabajo físico, y hasta lo golpeaban e insultaban. Al despertar volvía a ser el amo.

Lieh Tsé

Tomado de: *La largueza del cuento corto chino*, Verdealago

39

El infierno

Ta Mo, el gran maestro fundador del budismo Chan, estuvo discutiendo con el emperador sobre si existía o no el infierno. El emperador negaba rotundamente que existiera, mientras que Ta Mo lo afirmaba. Cada vez que Ta Mo argumentaba su convicción, el emperador se molestaba más y más hasta que terminó enfurecido insultando al maestro. Ta Mo, sin perder la serenidad, le dijo: "¿Ya se percató su alteza de que el infierno existe, y de que en este momento su señoría está en él?".

Budismo Chan

Tomado de: *La largueza del cuento corto chino*, Verdealago

40

El destino del cabrito

Esta breve historia la contó Rabindranath Tagore y seguramente procede de la tradición popular india:

Un día el cabrito se acercó hasta Brahma, el creador, y se quejó muy amargamente de su condición.

—Toda las criaturas —dijo—, quieren hacer de mí su alimento. ¿Por qué razón, oh, poderoso Brahma, les sirvo de alimento? ¿Te parece justo?

Brahma le escuchó y le respondió:

—¿Qué decirte, hijo mío? Incluso a mí, al verte, se me hace la boca agua.

Tomado de: *El círculo de los mentirosos —Cuentos filosóficos del mundo entero—* de Jean Claude Carrière

41

Lo crudo y lo cocido

Nuestro Landrú no mata a las mujeres, tan sólo las come con los ojos mientras ellas pasean por la calle Florida. Le resulta así más apetitosas que si estuvieran asadas. No siempre la cocción mejora las vituallas.

Luisa Valenzuela en, *Relatos vetiginosos*.

42

El último pastelito

La historia de esta pareja golosa es de origen coreano

En un pueblo había una pareja golosa. Todo su placer era la comida. un vecino les regaló pastelitos de arroz, que se comieron con deleite. Al final, cuando sólo quedó un pastelito que los dos deseaban, el hombre le dijo a su mujer:

—Te propongo una apuesta.

—¿Cuál?

—El primero que hable le dará el pastelito al otro.

—De acuerdo —dijo la mujer.

Se sentaron el uno frente al otro, separados por el único pastelito, e iniciaron su silencio.

Tras una veintena de silenciosos minutos, un ladrón entró en la casa. Se encontró con la pareja muda, les hizo algunas preguntas y no obtuvo respuesta alguna. Cogió algunos objetos y los metió en su saco. Siguieron sin pronunciar palabra.

El ladrón cogió todo lo que pudo. Antes de salir, incluso decidió llevarse a la mujer. El marido seguía sin decir nada y mantenía la mirada clavada en la boca de la mujer, que se debatía en los brazos del ladrón.

Se trataba de un ladrón robusto. En el momento en que atravesaba la puerta llevándose a la joven, ésta incapaz de aguantar más tiempo, gritó:

—¿Me dejarás marchar con este ladrón sin decir nada? ¿no vas a decir nada?

Entonces el marido, con la boca muy abierta, cogió rápidamente el pastelito y gritó:

—¡Es para mí!

Tomado de: *El círculo de los mentirosos* —*Cuentos filosóficos del mundo entero*— de Jean Claude Carrière

43

En otro lugar igual

Tras ducharse y abrir la cortina para salir, se dio cuenta de inmediato de que ya no estaba en su casa. Aquél seguía siendo su cuarto de baño, y las voces de su mujer y los niños eran las de siempre. Pero una sensación muy íntima de descolocación le invadió completamente. Volvió a meterse en la ducha y dejó correr el agua. Al cabo de unos minutos, con miedo, abrió la cortina deseando que esta vez todo estuviera bien, pero no era así. Salió, se vistió, besó a su mujer y a los niños, y se resignó a vivir allí.

Jordi Cebrián

Tomado de: *Babelia*, suplemento cultural del periódico *El País*, número 551, 15 de junio de 2002.

44

Un rey agradecido, al poeta de la corte, le dijo:
—Pídeme lo que quieras y te lo concederé.
El otro, un hombre cauto a pesar de ser poeta, dijo:
—Dadme lo que quieras, majestad. Lo que sea... menos tu secreto.

Orson Welles

Tomado de: *El Semanario Cultural*, suplemento cultural del periódico *Novedades*, número 75, 25 de septiembre de 1983.

Un día tuve que reprender a mi hijo pequeño porque desobedeció a su hermano mayor.
—¿No sabes —le dije— que los hermanos menores están obligados a obedecer a los hermanos mayores?
Y él me contestó:
—¡Si llego a saberlo, no nazco!

Miguel de Unamuno

Tomado de: *El Semanario*, suplemento cultural del periódico *Novedades*, número 65, 17 de julio de 1983.

Siendo yo muy pequeña mi tía Mariana me contaba muchas historias, en su mayoría eran sobre la guerra y a mí me daban mucho miedo. Por aquellos años enfermé con tos ferina y el médico recomendó a mis padres que me sacaran al campo para respirar aire puro, tarea que encargaron a mi hermano y que acepto a regañadientes. Me llevaba a las afueras del pueblo y me decía: “¿Ves aquellos peñascos? Detrás está la guerra de Corea”. Yo rompía a llorar y corriendo me volvía a mi casa.

Quina Pozuelo Torres

Tomado de: *Babelia*, suplemento cultural del periódico *El País*, número 592, 29 de marzo de 2003.

Bañista y tritón

La bella joven se reía tanto a la orilla del mar que, como la risa es la mayor provocadora de la curiosidad, asomó su cabeza un tritón para ver lo que pasaba.

—¡Un tritón! —gritó ella, pero el ser mitológico, sonriente la tranquilizó con la pregunta inesperada:

—¿Quiere decirme qué hora es?

Ramón Gómez de la Serna

Tomado de: *El Semanario*, suplemento cultural del periódico *Novedades*, número 65, 3 de julio de 1983.

Tengo una vida llena de palomitas —la escucho su padre por el teléfono, aliviado por aquella forma candorosa de referirse a la felicidad. Los kilómetros que mediaban entre sus casas eran muchos y el teléfono —pues escribir no estaba dentro de sus hábitos— era un recurso sintético y directo para estar al tanto de sus vidas.

Marina colgó el aparato y hundió la cara, pluma en mano, en la agenda donde tintorería, dentista, uniformes, niños, cena con los Robles, clóset, aspirinas, banco, chocomilk y conferencia eran palomeadas con rigurosa asfixia.

Mónica Lavín en, Minificción mexicana. UNAM.

El arte de matar dragones

Shu Pingman fue a la ciudad de Sheli para aprender a matar dragones. Estudió tres años y gastó toda su fortuna hasta conocer a fondo la materia.

Pero había tan pocos dragones que Shu no encontró dónde practicar su arte.

Chuang Chou

Tomado de: *La largueza del cuento corto chino*, Verdealago

El secreto del escultor

Una historia contemporánea, probablemente francesa, presenta a un escultor que ordena que se le lleve un gran bloque de piedra y se pone a trabajar en él.

Unos meses más tarde, acaba de esculpir un caballo.

Entonces un niño, que le había observado trabajar, le preguntó:

—¿Cómo sabías que había un caballo dentro de la piedra?

Tomado de: *El círculo de los mentirosos —Cuentos filosóficos del mundo entero—* de Jean Claude Carrière

51

Silencio de las sirenas

Cuando las Sirenas vieron pasar el barco de Ulises y advirtieron que aquellos hombres se habían tapado las orejas para no oír las cantar (¡a ellas, las mujeres más hermosas y seductoras!) sonrieron desdeñosamente y se dijeron: ¿Qué clase de hombres son éstos que se resisten voluntariamente a las Sirenas? Permanecieron, pues, calladas, y los dejaron ir en medio de un silencio que era el peor de los insultos.

Marco Denevi en, *Relatos vertiginosos*

52

El pulpo inmortal

Desde hacía mucho tiempo un pulpo vivía hambriento en un acuario. Una pálida luz, filtrada por un cristal translúcido, caía difusamente sobre la sombría roca. Todos habían olvidado el lóbrego acuario, suponiendo que en las aguas inmóviles el pulpo estaría muerto.

Pero el pulpo vivía escondido tras la roca. Sufría un hambre terrible en su larga prisión solitaria, pues nada había allí que se pudiera comer.

Un día comenzó a comerse sus propios tentáculos, uno a uno. Y cuando acabó con ellos, comenzó a devorar sus propias entrañas.

Terminó comiéndose la piel, el cerebro, el estómago, absolutamente todo.

Y la mañana que llegó un cuidador sólo vio en las aguas opacas las algas ondulantes. El pulpo había *materialmente* desaparecido.

Pero no había muerto. Aún estaba vivo en el acuario mustio y abandonado.

Durante siglos, quizá durante la eternidad, seguía viva allí una criatura invisible y siempre hambrienta.

Sakutaro Jaguiwara

Tomado de: *El Semanario*, suplemento cultural del periódico *Novedades*, número 79, 23 de octubre de 1983.

53

Hermanos

Hasta los trece años mojaba la cama casi todas las noches. Cuando ocurría, despertaba a mi hermano, que siempre me hacía un hueco en su cama caliente. El pijama húmedo lo colocábamos al fondo, entre los pies, para que estuviera seco al levantarnos. Fue nuestro gran secreto, jamás se lo contó a nadie.

Mercedes Fullea

Tomado de: *Babelia*, suplemento cultural del periódico *El País*, número 552, 22 de junio de 2002.

54

Aunque yo la amaba con toda mi alma, o tal vez precisamente por ello, no hacía el menor caso de mi persona: ni siquiera se dignaba reparar en mi desdichada existencia. Pero un día, al pasar cerca de mí, observé con asombro que me sonreía.

“¿Viste? —le dije a mi mejor amigo—, ¿viste...? ¡Me sonrió al pasar!” “¡Qué estúpido, qué iluso eres! —me contestó el ladrón de ilusiones—. No te sonrió..., te regaló una sonrisa que le sobraba...”

Sergio Golwarz en, Minificción mexicana. UNAM.

El último ser humano vivo lanzó la última paletada de tierra sobre el último muerto. En ese instante mismo supo que era inmortal, porque la muerte sólo existe en la mirada del otro.

Alejandro Jodorowski en, Minificción mexicana. UNAM.

Cuando Huangti peregrinaba por el lago rojo, subió al monte Kunlun. Ahí perdió su perla mágica. Envió al conocimiento para que la buscara, pero no la encontró. Después envió a la mirada penetrante, pero también fracasó. Luego envió al pensamiento y tampoco dio con ella. Por fin envió al olvido de sí mismo y éste sí la encontró. Huangti dijo: "Es muy extraño que el olvido de mí mismo hubiera sido el más preciso".

Chuang Chou

Tomado de: *La largueza del cuento corto chino*, Verdealago

El asiento del gobernador

El gobernador Pai Le-tien fue a visitar al maestro Chan "Nido de Pájaro", llamado así por su costumbre de meditar en un asiento de ramas sobre un árbol, y al encontrarlo meditando en su característico lugar le dijo:

—¡Qué asiento tan peligroso tienes para meditar!

—El tuyo es más peligroso que el mío —replicó el maestro.

—Yo soy quien gobierna este distrito, tengo poder. No veo qué peligro hay en eso —dijo Pai Le-tien.

—¡Entonces no te conoces! —respondió el maestro—. En el momento en que tus pasiones arden y tu mente vacila, ¿qué es más peligroso que eso?!

Budismo Chan

Tomado de: *La largueza del cuento corto chino*, Verdealago

El profe me ha dado una nota para mi madre. La he leído. Dice que necesita hablar con ella porque yo estoy mal. Se la he puesto en la mesilla, debajo del tazón lleno de leche que le dejé por la mañana.

He metido en el microondas la tortilla congelada que compré en el supermercado y me he comido la mitad. La otra mitad la puse en un plato en la mesilla, a lado del tazón de leche.

Mi madre sigue igual, con los ojos rojos que miran sir ver y el pelo, que ya no brilla, desparramado sobre la almohada.

Huele a sudor la habitación, pero cuando abrí la persiana ella me gritó. Dice que si no ve el sol es como si no corriesen los días, pero eso no es cierto.

Yo sé que los días corren porque la lavadora esta llena de ropa sucia y en el lavavajillas no cabe nada más, pero sobre todo lo sé por la tristeza que está encima de los muebles. La tristeza es un polvo blanco que lo llena todo. Al principio es divertida. Se puede escribir sobre ella, "tonto el que lo lea", pero, al día siguiente las palabras no se ven porque hay más tristeza sobre ella.

El profesor dice que estoy mal porque en clase me distraigo y es que no puedo pensar que un día ese polvo blanco cubrirá del todo a mi madre y lo hará conmigo. Y cuando mi madre vuelva, la tristeza habrá borrado el te quiero que le escribo cada noche sobre la mesa del comedor.

Mario Barros Peña, tomado de Babelia suplemento cultural del periódico El país, número 550. 8 de junio del 2002.

El rayo que cayó dos veces en el mismo sitio

Hubo una vez un Rayo que cayó dos veces en el mismo sitio; pero encontró que ya la primera había hecho suficiente daño, que ya no era necesario, y se deprimió mucho.

Augusto Monterroso en, La oveja negra y otras fabúlas

La promesa mantenida

El joven hijo de Nasrudin obtuvo un día una calificación muy buena de sus maestros. Su padre se puso contento y le dijo:

—Pídeme lo que quieras y te lo daré.

El niño, muy emocionado pues conocía la pobreza de su padre, le dijo:

—Te lo agradezco de todo corazón. ¿Puedes darme tiempo hasta mañana? Tengo que pensar.

—Muy bien —dijo Nasrudin—. Hasta mañana.

Al día siguiente, el hijo fue a ver a su padre y le pidió un burrito.

—Ah no —le contestó Nasrudin—. No tendrás el burrito.

—¡Pero me habías prometido darme lo que quisiese!

—¿Y no he mantenido mi palabra? ¡Me pediste tiempo y te lo he dado!

Tomado de: *El círculo de los mentirosos —Cuentos filosóficos del mundo entero—* de Jean Claude Carrière

61

La noche del soltero

Allí estaban otra vez don Salva caído en el insomnio, como un sapo en lo profundo de un pozo, golpeándose la cabeza en su almohada de piedra, casándose y descasándose, enviudando y volviéndose a casar con todas las muchachas de Zapotlán, con las de ahora y con las que conoció hace mucho, poniéndoles miles de defectos a unas y otras, quedándose definitivamente solo en su noche de soltero empedernido; deshojando la inmensa margarita de los enamorados infieles, con ésta sí, con ésta no, con ésta tampoco, con aquella Dios me libre, como si las tuviera a su entera disposición, porque saben que es rico y bien parecido... Todas se le entregan y se le desvanecen, pero Chayo se le resiste a las tres de la mañana y el sultán solitario se duerme pensando en ella, allí en su cama angosta con perillas de latón: "Mañana mismo le voy a decir que se case conmigo".

Juan José Arreola

Tomado de: *El Semanario*, suplemento cultural del periódico *Novedades*, número 87, 18 de diciembre de 1983.

62

El pollito amarillo

Mi mamá me regaña porque me paso muchas horas con el lápiz en la mano, y “hago caras feas” y gasto hojas. y mi mamá dice que del dibujo no se come. Pero yo sé que mi mamá lo dice de broma, porque el día de mi cumple me regaló una caja llena de lápices de todos los colores. Y lo sé porque fue ella la que me enseñó a dibujar pollitos amarillos de pico anaranjado. Y cuando sea mayor, y sea famoso, y gane mucho dinero dibujando, y la gente me pregunte “¿dónde aprendiste a dibujar tan bien?”, les diré: “Me enseñó mi mamá”.

Uxío Broullón

Tomado de: *Babelia*, suplemento cultural del periódico *El País*, número 552, 22 de junio de 2002.

63

El componedor de cuentos

Los que echaban a perder un cuento bueno o escribían uno malo lo enviaban al componedor de cuentos. Éste era un viejecito calvo, de ojos vivos, que usaba unos anteojos pasados de moda, montados casi en la punta de la nariz, y estaba detrás de un mostrador bajito, lleno de polvosos libros de cuentos de todas las edades y de todos los países.

Su tienda tenía una sola puerta hacia la calle y él estaba siempre muy ocupado. De sus grandes libros sacaba inagotablemente palabras bellas y aun frases enteras, o bien cabos de aventuras o hechos prodigiosos que anotaba en un papel blanco y luego, con paciencia y cuidado, iba engarzando esos materiales en el cuento roto. Cuando terminaba la compostura se leía el cuento tan bien que parecía otro.

De esto vivía el viejecito y tenía para mantener a su mujer, a diez hijos ociosos, a un perro irlandés y a dos gatos negros.

Mariano Silva y Aceves en, *La minificción mexicana*, UNAM.

64

Misterios del tiempo

Cuando el viajero miró hacia atrás y vio que el camino estaba intacto, se dio cuenta de que sus huellas no lo seguían, sino que lo precedían.

Alejandro Jodorowski en, Minificción mexicana. UNAM.

65

Mesa de trabajo

Una cama es también una mesa de trabajo, dijo el esposo; porque ahí amasamos, anotó el panadero; moldeamos, agregó el ceramista; aplanamos la carne, interrumpió el carnicero; clavamos, acotó el carpintero; planchamos, murmuró el mozo; combatimos, sugirió el soldado; hacemos ejercicio, enunció el entrenador; cambiamos de rostro, afirmó el mago. Una cama es un lugar donde se trabaja mucho, dijo ella a la variada concurrencia mientras ponía manos a la obra.

Edmée Pardo
Tomado de: *Minificción mexicana. UNAM.*

66

La crema para manos agrietadas

Un extranjero ofreció cien onzas de plata a un lavandero de Sung por la fórmula de una crema para curar manos agrietadas. El lavandero había heredado esa fórmula de sus antepasados, también lavanderos, y pertenecía a toda su familia, así es de que llamó a sus parientes y les dijo:

“Nunca hemos acumulado mucho dinero con nuestro oficio, pero si vendemos la fórmula ganaremos cien onzas de plata en un instante”. Todos aceptaron venderla.

Más tarde, el extranjero regaló la fórmula al príncipe de Wu y éste lo recompensó con grandes tierras de cultivo.

La misma crema sirvió a unos para seguir lavando ropa; y al otro, para recibir una gran fortuna.

Chuang Chou

Tomado de: *La largueza del cuento corto chino*, Verdealago

67

La zorra y el conejo

Un maestro Chan salió al bosque en compañía de uno de sus discípulos, y al ver que un conejo era perseguido por una zorra señaló enfático:

—De acuerdo con una fábula antigua el conejo se escapará de la zorra.

—No lo creo —dijo el discípulo—. La zorra es mucho más veloz.

—Pero el conejo sabrá eludirla —insistió el maestro.

—¿Por qué habla usted con tanta seguridad? —inquirió el discípulo.

—Porque la zorra va corriendo por su alimento y el conejo por su vida —contestó el maestro.

Budismo Chan

Tomado de: *La largueza del cuento corto chino*, Verdealago

68

Mi vecino tenía un gato imaginario. Todas las mañanas lo sacaba a la calle, abría la puerta y gritaba: “anda ve a hacer tus necesidades”. El gato se paseaba imaginariamente por el jardín y al cabo de un rato regresaba a la casa, donde le esperaba un tazón de leche. Bebía imaginariamente el líquido, se lamía los bigote, se relamía una mano y luego otra y se echaba a dormir en el tapete de la entrada.

De vez en cuando perseguía a un ratón o se subía a lo alto de un árbol. Mi vecino se iba todo el día, pero cuando volvía casa el gato ronroneaba y se pegaba a las piernas imaginariamente. Mi vecino le acariciaba la cabeza y se sonreía. El gato lo miraba con cierta ternura imaginaria y mi vecino se sentía acompañado.

Me imagino que es negro (el gato), porque algunas personas se asustan cuando imagina que lo ven pasar.

Una vez el gato se perdió y mi vecino estuvo una semana buscándolo, cuanto atropellado veía se imaginaba que era el suyo, hasta que imaginó que lo encontraba y todo volvió a ser como antes, por un tiempo. El suficiente para que mi vecino se imaginaria que el gato lo había arañado. Lo castigó dejándolo sin leche. Yo me imaginaba al gato maullando de hambre. Entonces lo llamé: “minino, minino”, y me imaginé que vino corriendo a mi casa. Desde ese día mi vecino no me habla, porque se imagina que yo me robé a su gato.

Martha Cerda en, Relatos vertiginosos, antología de cuentos mínimos

La sentencia

Aquella noche, en la hora de la rata, el emperador soñó que había salido de su palacio y que en la oscuridad caminaba por el jardín, bajo los arboles en flor. Algo se arrodillo a sus pies y le pidió amparo. El emperador accedió. El suplicante dijo ser un dragón y que los astros le habían revelado que la día siguiente, antes de la caída de la noche, Wei Cheng, ministro del emperador, le cortaría la cabeza. En el sueño el emperador juro protegerlo.

Al despertarse, el emperador pregunto por Wwei Cheng. Le dijeron que no estaba en el palacio. El emperador lo mando buscar y lo tuvo atareado todo el dia para que no matara al dragón, y al atardecer le propuso que jugaran al ajedrez. La partida fue larga, el ministro estaba cansado y se quedo dormido.

Un estruendo conmovió la tierra. Poco después irrumpieron dos capitanes que traian una inmensa cabeza de dragón empapada en sangre. La arrojaron a los pies del emperador y gritaron “¡cayó del cielo”!. Wei Cheng, que había despertado la miro con perplejidad y observo: “¡ Qué raro!, yo soñé que mataba un dragón asi”.

Wu cheng (siglo XVI) en, La largueza del cuento corto chino

El dependiente enamorado

Rumi cuenta que un dependiente amaba ardientemente a una mujer y le hacía llegar mensajes por medio de una criada.

Le dijo a la criada: «Ya no sé quien ni qué soy, he perdido la cabeza, mi corazón ha sido robado por una luna sin igual, todo yo me quemo, el sueño ha desertado de mis noches, ya no como, sufro sin cesar golpes crueles, anoche estaba en un estado, la víspera en otro.»

La criada lo escuchó, entonces fue junto a su señora y le dijo:

—El dependiente te envía saludos. Quiere acostarse contigo.

—¿Lo ha dicho con semejante frialdad? —preguntó la mujer.

—No, ha contado unas historias muy largas. Pero eso es lo esencial.

Tomado de: *El círculo de los mentirosos —Cuentos filosóficos del mundo entero—* de Jean Claude Carrière

71

La bailarina y el espejo

Una hermosa bailarina árabe, conocida por su lascivia, abordó a un rico comerciante una mañana de abril y le dijo:

—Anoche soñé que estabas en mis brazos. Y sentías un placer extremo. Me debes dos dinares de oro.

El comerciante se negó a pagar. La bailarina le condujo ante el cadí, quien escuchó el relato de lo sucedido y dijo al comerciante al final:

—Ve a buscar dos dinares de oro y un espejo.

Cuando el comerciante regresó, el cadí colocó los dos dinares de oro delante del espejo y le dijo a la mujer:

—Mira la imagen de las dos monedas de oro en el espejo. Ahora ya estás pagada.

Tomado de: *El círculo de los mentirosos —Cuentos filosóficos del mundo entero—* de Jean Claude Carrière

72

Cuando mi padre volvía del trabajo, solíamos estar viendo la tele. Al oír la llave en la puerta, yo me marchaba a la cama, mi hermano se iba al baño para lavarse los dientes, y mi madre, que canturreaba mientras preparaba la cena, callaba.

María Rey

Tomado de: *Babelia*, suplemento cultural del periódico *El País*, número 555, 13 de julio de 2002.

F. W. H. Myers, a quien el espiritismo había convencido de la realidad de una vida futura, interrogó a una mujer que acababa de perder a su hija sobre el destino que, según ella, le habría tocado a su alma. La madre contestó:

—Bueno, sin duda estará gozando de una dicha eterna, pero no sé por qué usted se empeña en hablar de temas tan desagradables.

Bertrand Russell

Tomado de: *El Semanario*, suplemento cultural del periódico *Novedades*, número 81, 6 de noviembre de 1983.

Soy estancera y madre de tres hijos. Vivo en un edificio de la calle Santander, en Valencia. Trabajo ocho horas diarias. Me levantó muy temprano y preparo la comida antes de irme al trabajo. Adoro a mis hijos y les leo un cuento todas las noches. Odio a mi marido, pero he acabado acostumbrándome a él. Llevamos vidas paralelas y aunque vivimos en la misma casa apenas nos hablamos. Hace algunos años que dejamos de querernos. Soy una lectora intrépida. Adoro la naturaleza y aunque vendo el tabaco que otros fuman nunca me he enganchado. Mis padres murieron hace algunos años y lo único que conservo de ellos es un pequeño terreno de almendros bastante triste. Soy divertida, aunque la última vez que me reí ya no la recuerdo. Me encanta escuchar la radio. Me hace compañía. Odio planchar, aunque cuando plancho me siento realmente yo, bueno en realidad la que plancha es ella.

Matilde Avilés Sepúlveda

Tomado de: *Babelia*, suplemento cultural del periódico *El País*, número 583, 25 de enero de 2003.

El día en que se fue la luz, todo se quedó parado de repente. La música, la tele y el ordenador dejaron de funcionar al mismo tiempo, y todas las bombillas se apagaron. La luna se filtraba a través de las persianas, y yo llamé a mi madre: ¡mamá! ¡mamá! Como no me contestaba fui en su busca. A tientas salí del dormitorio y recorrí el oscuro pasillo. Ella debía de andar en la cocina. Pensé que podría estar muerta de miedo, por eso comencé a hablarle en voz alta: mamá, ¿estás ahí?, ¿dónde estás?, ¿qué estás haciendo? Giré el picaporte de la puerta y penetré en la cocina. La luna iluminaba con su magia pálida el suelo de terrazo. Mi madre estaba allí, de espaldas: mamá, mamaíta, le dije. Pero ella no podía oírme, ni moverse, ni contestarme. Estaba paralizada, rígida como una inmensa muñeca de carne envejecida. Me acerqué a ella, me puse delante de sus ojos, me abracé a sus piernas: ¡mamá!, ¡mamá!, grité. Y entonces volvió la luz y todo se puso en marcha.

Carlos Rodríguez Blanco

Tomado de: *Babelia*, suplemento cultural del periódico *El País*, número 549, 1 de junio de 2002.

La verdá, la verdá, me plantó la mano en el culo y yo estaba ya a punto de pegarle cuatro gritos cuando el colectivo pasó frente a una iglesia y lo vi persignarse. Buen muchacho después de todo, me dije. Quizá no lo esté haciendo a propósito o quizá su mano derecha ignora lo que su izquierda hace o. Traté de correrme al interior del coche —porque una cosa es justificar y otra muy distinta es dejarse manosear— pero cada vez subían más pasajeros y no había forma. Mis esguinces sólo sirvieron para que él meta mejor la mano y hasta me acaricie. Yo me movía nerviosa. Él también. Pasamos frente a otra iglesia pero ni se dio cuenta y se llevó la mano a la cara sólo para secarse el sudor. Yo lo empecé a mirar de reojo haciéndome la disimulada, no fuera a creer que me estaba gustando. Imposible correrme y eso que me sacudía. Decidí entonces tomarme la revancha y a mi vez le planté la mano en el culo a él. Pocas cuerdas después una oleada de gente me sacó de su lado a empujones. Los que bajaban me arrancaron del colectivo y ahora lamento haberlo perdido así de golpe porque en su billetera sólo había 7,400 pesos de los viejos y más hubiera podido sacarle en un encuentro a solas. Parecía cariñoso. Y muy desprendido.

Luisa Valenzuela

Tomado de: Relatos vertiginosos, antología de cuentos mínimos, editorial Alfaguara.

No era sábado, no era domingo: era un día que los calendarios no recogieron. Ya todo estaba hecho. Las aves, los peces, los animales, el hombre, las rosas, todo estaba hecho. Pero algo faltaba: faltaba la abeja. Los hombres tenían la sal, pero no el azúcar y Dios quiso hacer a las abejas para que trabajaran la miel, que fue el azúcar de los primitivos.

Juntó arcilla rubia de las márgenes de los ríos, y un poquito de sal y un poquito de polen; cargado de estos menesteres, se acercó a la orilla del mar, que en todo ha de estar presente.

Trabajaba el artífice. Salida de sus manos la pareja de cada especie, era expuesta al sol para secarse, y, seca, la brisa la levantaba y la perdía en el azul de la mañana.

Pero el diablo no duerme, trabaja tanto como Dios. Fue acercándose a la orilla del mar para interrumpir, en lo que pudiera, la obra del creador. Estaban sobre la arena que de tan blanca parecía polvo de perlas, la abeja y el abejón, y el diablo los partió por la mitad. Viendo aquello, Dios tomó las dos partes, las afiló y, anudándolas, las lanzó con su soplo hacia la lumbre del mediodía.

Por eso las abejas tienen el talle delgado y de todos los insectos son aquellos en quienes el ruido de las alas es más sonoro y musical. Es que el soplo del Señor persiste en sus alas. Y, volando en torno de las flores, resplandecen.

Andrés Henestrosa en, Minificción mexicana, UNAM.

El señor que amaba a los dragones

El señor Ye amaba tanto a los dragones que los tenía tallados o en pinturas por toda su casa. Cuando de esto se enteró el verdadero Dragón Celestial se puso muy contento y voló a la Tierra; llegó a la casa del señor Ye y metió su cabeza por la puerta y su cola por la ventana. Al verlo, el señor Ye huyó despavorido, a punto de enloquecer.

Esto demuestra que el señor Ye no amaba verdaderamente a los dragones; sólo gustaba de la imagen pero no del auténtico dragón.

Shen Buhai

(¿- 337 a. C.)

Tomado de: *La largueza del cuento corto chino*, Verdealago

79

El gozo de la embriaguez

Ti Hsi tenía fama de poder preparar un vino que provocaba borracheras durante mil días continuos. Hsüan Shih tomó un vaso de aquel licor y le pareció espléndido. Al llegar a su casa se desplomó inconsciente; lo consideraron muerto y le dieron sepultura.

Después de mil días, Thi Hsi fue a la casa de Hsüan Shih para ver el despertar de su cliente. Los familiares le dijeron: "Hace tanto tiempo que le dimos sepultura, que ya ni lloramos por él". Ti Hsi, sorprendido, exclamó: "¡Qué barbaridad! ¡Pero si sólo se había embriagado con mi licor de mil días! Éste es el momento en que debía despertar: ¡Vamos a desenterrarlo! Todos corrieron presurosos a la tumba. Al abrir el féretro, Hsüan Shih despertó y dijo: "¡Oh, qué gozosa es la embriaguez!" El tufo del alcoholizado penetró en las narices de todos los presentes, y esto los embriagó durante tres meses continuos.

Budismo Chan

Tomado de: *La largueza del cuento corto chino*, Verdealago

80

La palabra y el silencio son los personajes de la siguiente historia, que es africana:

Un pescador encontró en una playa un cráneo y le preguntó por maldad qué le había llevado allí.

De la mandíbula muerta surgió una voz que contestó:

—La palabra.

El pescador corrió asustado hasta su pueblo y ante su rey. Contó su extraordinario encuentro.

—¿Un cráneo que habla? —preguntó el rey, que pensaba que el hombre había bebido demasiado o había sido golpeado por un bambú—. Te lo advierto: ¡si me has contado una estupidez, despídete de tu cabeza!

El pescador, muy locuaz, condujo al rey y a todo su séquito ante el cráneo que estaba en la playa. Pero esta vez el cráneo, obstinado, se negó a hablar. A pesar de la irritación y de las súplicas del pescador, no dijo nada, se quedó mudo como un vulgar cráneo.

El rey sacó su sable y le cortó la cabeza al pescador. Después regresó al pueblo con su séquito.

Entonces el viejo cráneo le preguntó a la cabeza recién cortada, que había caído a su lado en la arena:

—¿Qué es lo que te ha traído aquí?

—La palabra —contestó la cabeza.

Tomado de: *El círculo de los mentirosos —Cuentos filosóficos del mundo entero—* de Jean Claude Carrière

Barcos que se hunden

Cuando la besaba, le gustaba bajar, lentamente, por el cuello, hasta llegar al hombro. Allí, tras apartar un poco la ropa, se detenía en una marca de nacimiento, clara como la arena y de perfil abrupto como un litoral extraño. Besar aquella zona de su piel le producía una sensación especial, ya que se trataba de una marca que generalmente no quedaba a la vista. Sentía el orgullo del único conocedor de un secreto antiguo y turbador. Un día descubrió que una pequeña mancha negra había surgido al lado de la marca del hombro. Apartó sus labios, y le preguntó qué era. Ella dijo que no lo sabía, que seguramente nada, pero la rapidez y la naturalidad forzada de la respuesta le preocuparon. Día tras día, la mancha fue creciendo. Ella fingía que no se daba cuenta, y él no volvió a preguntar. Últimamente, cuando la besa, baja rápidamente hasta el hombro, como quien cumple un trámite, e intenta pasar lo antes posible a otras zonas de su piel. Y a veces levanta la vista, inseguro, pero la mirada ausente de ella está perdida en la pared, o en la televisión, donde aparecen imágenes de barcos que se hunden y manchas de veneno que afloran.

César Arza

Tomado de: *Babelia*, suplemento cultural del periódico *El País*, número 592, 29 de marzo de 2003.

La segunda moneda

Un transeúnte preguntó la razón de su congoja a un niño que lloraba amargamente.

—Había logrado reunir dos monedas para ir al cine, pero vino ese chico y me arrebató una —explicó el niño, señalando a un muchacho que se hallaba no lejos de allí.

—¿Y no pediste auxilio?

—Claro que sí —respondió el niño, sollozando más intensamente.

—¿Y nadie te oyó? —preguntó el hombre, acariciando tiernamente al niño.

—No —sollozó el niño.

—¿Es que no sabes gritar más fuerte? —preguntó el hombre—. En ese caso, dame la otra moneda.

Y, tras quitarle la otra moneda al niño, el hombre continuó confiadamente su camino.

Bertolt Brecht

Tomado de: *El Semanario*, suplemento cultural del periódico *Novedades*, número 75, 25 de septiembre de 1983.

83

La caída

Recuerdo que aquel día me levanté con el pié izquierdo. Cuando me disponía a hacer testimonial acto de presencia en el trabajo, sufrí uno de esos tontos accidentes domésticos. Tropecé con mi pié derecho y me caí rondando por la escalera. Sólo eran dieciocho escalones (todos de bajada), pero la mía fue una caída a cámara lenta. Salir rodando del escalón numero dieciocho hasta llegar al primero, me llevó su tiempo. Durante la caída me pasaron muchas cosas: rodando, mi mujer se divorció de mí y se casó con el actual padre de mis hijos. Cayendo, me despidieron del trabajo. Rodando, asistí al psiquiatra. Cayendo, los vi crecer y hacerse hombres. Rodando, presencié sus bodas. Cayendo, me hicieron abuelo. Rodando, asistí a los bautizos. Cayendo (debió ser por el décimo escalón), asistí al funeral de mi suegra (...) Rodando, tuve más de una disputa generacional. Cayendo, me jubilaron... Puede decirse que conozco esa escalera como la palma de la mano. De hecho, cada uno de sus rebordes. Cada hendidura. Cada muesca. Hasta el numero exacto de termitas que anidan en la barandilla de madera, me es familiar. Llevo media vida cayendo por ella. Cuando mi esqueleto impactó contra el primer escalón, o el ultimo, según la perspectiva (porque rodando la orientación no es muy de fiar), habían pasado treinta largos años.

Francesc Pedragosa

Tomado de: *Babelia*, suplemento cultural del periódico *El País*, número 549, 1 de junio de 2002.

84

Doña Sofía de Aguayo

Doña Sofía de Aguayo, la víspera de sus segundas bodas, buscaba con ansiedad en la arquilla de marfil calado que le servía de joyero, y sobre su lecho caían rosas de diamantes, perlas desgranadas, pesados aretes, cadenas de oro y cintillos con mil adornos produciendo un alegre sonido. Allí creía tener guardada una prenda de su primer amor, que su confesor le pedía con exigencia, so pena de impedir el matrimonio.

Fue vana la tarea. El interior de raso azul quedó vacío y doña Sofía, después de remirarlo, arrojó el arca como cosa inútil. Buscó afanosamente en todas partes sin mejor fortuna, y acabó por ver en ese contratiempo la señal de su desdicha en las futuras bodas.

Su apellido y su riqueza, para las gentes de su tiempo, en toda la Nueva España, eran títulos que obligaban a los mayores miramientos; pero su hermosura daba confianza a los corazones más castigados y ella gustaba de los martirios de amor.

Con esos pensamientos, aquella misma tarde, escribió al que iba a ser su esposo, su resolución de romper los pactos otorgados, en bien de su alma. Y todavía sonaba el rasgueo de la pluma de ave en la amarillenta cartulina, cuando del rico encaje de la manga cayó sobre el billete un pequeño camafeo con bordes de oro, en cuyo centro, con aire de malicia, tocaba la doble flauta una sirena.

Mariano Silva y Aceves en, *Yo no canto, Ulices, cuento*.

85

El burro y la flauta

Tirada en el campo estaba desde hacía tiempo una Flauta que ya nadie tocaba, hasta que un día un Burro que paseaba por ahí resopló fuerte sobre ella haciéndola producir el sonido más dulce de su vida, es decir, de la vida del Burro y de la Flauta.

Incapaces de comprender lo que había pasado, pues la racionalidad no era su fuerte y ambos creían en la racionalidad, se separaron presurosos, avergonzados de lo mejor que el uno y el otro habían hecho durante su triste existencia.

Augusto Monterroso en, *Minificción mexicana*. UNAM.

86

¿Para qué sirven los pies?

Los pies sirven para sostener el cuerpo y andar. ¿Para qué otras cosas sirven? Hay gente que es capaz de tomar un lápiz entre los dedos del pie y escribir su nombre (¿cómo se llaman los dedos del pie?, ¿estamos tan lejos de ellos que lo ignoramos?); hay quienes pintan pequeños paisajes, marcan un número telefónico o toman un tenedor, sin embargo, éstos son usos impropios, reservados para los que carecen de manos, o simples exhibicionistas.

Los pies se usan para ayudarse a trepar árboles, escalar montañas, patear balones, perros y personas; para que los zapatos nos aprieten; para coleccionar callos y juanetes; para echarles una mirada de vez en vez, cuando se está pensativo o bien, triste; para arrastrarlos cuando se es anciano, comprarse calcetines y todo tipo de calzado; para que los ladrones corran y los torpes se tropiecen; para que sean torturados los que no confiesan; para tocarle a alguien las espinillas por debajo de la mesa y apretar el acelerado en las curvas; para que a los poderosos se les besen; para que nos pongan una etiqueta en el dedo gordo en la morgue o bailar en la fiesta de un pueblo perdido en la sierra; para dirigir una orquesta o subirlos a las mesas de centro de nuestros anfitriones; para aplastar uvas; para que el vencedor ponga uno sobre el pecho del derrotado y el conquistador sobre territorio ignoto; para caminar sobre el agua...

Cada pie es un mundo.

Andrés Acosta

Tomado de: *Minifcción mexicana*. UNAM.

87

La ayuda de una anciana

Una mujer perdió un trozo de carne. Sospechó que lo había robado su nuera, y la corrió de la casa. La muchacha fue a ver a una amiga anciana y le contó las consecuencias de la injusta sospecha. La anciana le dijo: "Yo conseguiré que tu suegra cambie de parecer". Tomó un haz de paja y se dirigió a la casa de la suegra, y al encontrarla le dijo: "Mis perros se están peleando por un trozo de carne. ¿Serías tan amable de proporcionarme fuego para separarlos?". Inmediatamente después, la suegra mandó llamar a su nuera.

Han Ying

(Siglo III a. C.)

Tomado de: *La largueza del cuento corto chino*, Verdealago

88

El asno temible

Nunca se había visto un asno en Guizhou hasta que un excéntrico, ávido de novedades, se hizo llevar uno por barco. Pero como no supo en qué utilizarlo, lo soltó en las montañas.

Un tigre, al ver a esta extraña criatura, lo tomó por una divinidad y empezó a observarla a escondidas. Tiempo después se aventuró a salir, aunque a una distancia prudente. Un día el asno rebuznó y el tigre, espantado, echó a correr; pero volvió y se dijo que, después de todo, esa divinidad no debía ser tan terrible. Acostumbrado al rebuzno del asno, fue acercándose a poco a poco, aunque sin arriesgarse a atacarlo. Cuando creyó conocerlo mejor, empezó a tomarse ciertas libertades, tocándolo primero y empujándolo después, hasta que el asno se enfureció y le dio una patada. “Con que esto es lo que sabe hacer” —se dijo el tigre—. Y dando un salto sobre el asno le abrió el pecho con sus garras y se lo comió.

¡Pobre asno! Por su porte parecía poderoso, temible por sus rebuznos. Pero si no hubiera mostrado todos sus talentos, el tigre feroz nunca se hubiera atrevido a atacarlo.

Liu Zongyuan

(773-819)

Tomado de: *La largueza del cuento corto chino*, Verdealago

89

La punta de la madeja

Cuando ella descubrió su primera cana quiso arrancarla de un tirón, pero como el odioso pelo blanco se prolongaba, jaló y jaló, mientras su cuerpo se destejía, hasta que sólo quedó una niña, llorando asustada.

Gustavo Masso

Tomado de: *El Semanario*, suplemento cultural del periódico *Novedades*, número 60, 6 de junio de 1983.

90

Saadi, el poeta persa, cuenta otro aprendizaje.

Un hombre, de intachable reputación, tenía un criado de rostro atroz y carácter imposible. No podía recibir una orden sin ponerse de inmediato hecho una furia, se sentaba de forma grosera a la mesa, servía mal, empujaba a los individuos y dejaba a su patrón sediento. Todas las reprimendas lo dejaban indiferente y no hacían más que agravar el desorden y la negligencia de su servicio. Por la noche la casa retumbaba con el ruido de sus pasos, de la vajilla que rompía. Incluso echaba gallinas a los pozos y colocaba matorrales espinosos en el camino por donde tenía que pasar el patrón. No se podía contar con él para nada.

Unos amigos del patrón le aconsejaron que se deshiciese de aquel fastidioso criado y que cogiese a otro.

—Pero ¿por qué? —protestó el patrón sonriendo—. Le estoy muy agradecido a mi criado porque me ha hecho mejor. Sí, me ha enseñado la paciencia, y cada día que pasa me la sigue enseñando. Y ese don me permite soportar las otras dificultades de la vida.

Tomado de: *El círculo de los mentirosos —Cuentos filosóficos del mundo entero—* de Jean Claude Carrière

El orden de las palabras

Una historia japonesa nos presenta a dos monjes que vivían en el mismo monasterio y que querían fumar.

Aquella inclinación, a la que sucumbían bastante a menudo, les granjeaba quejas y reproches.

Un día fueron convocados ante el maestro, uno después del otro, por separado. El primero le dijo al maestro:

—¿Puedo meditar mientras fumo?

El maestro estalló en cólera, contestó que no y echó violentamente al discípulo.

El monje, un poco más tarde, se encontró al otro monje fumando tranquilamente. Sorprendido, le preguntó:

—¿No has visto al maestro?

—Sí, lo he visto.

—¿Y no te ha prohibido fumar?

—No.

—Pero ¿cómo puede ser? ¿Qué le has preguntado?

—Simplemente le he preguntado: ¿Puedo fumar mientras medito?

Tomado de: *El círculo de los mentirosos —Cuentos filosóficos del mundo entero—* de Jean Claude Carrière

Con nocturnidad

El gran escritor tenía el reconocimiento de todos los críticos nacionales y extranjeros, pero vivía atribulado porque había uno que se especializaba en analizar severamente cada nuevo libro suyo, detectando todos los defectos y los secretos de elaboración como si hubiera tenido acceso a sus originales y borradores. Y por mucho que el gran escritor investigó tratando de desenmascarar a aquel enemigo, nada logró, salvo amargarse la vida. Murió sin aclarar el misterio. Y su implacable crítico moría el mismo día, a la misma hora, en el mismo cuerpo del escritor, que padecía de sonambulismo y que en las noches se levantaba dormido y se sentaba a escribir aquellas minuciosas y crueles críticas.

José de la Colina

Tomado de: *El Semanario*, suplemento cultural del periódico *Novedades*, número 86, 11 de diciembre de 1983.

93

Una partida nocturna

Sufro la enfermedad llamada apnea. Varias veces, cada noche, mi mujer me despierta para que vuelva a respirar. Entre vigilia y vigilia sueño que mi mujer se queda dormida.

Antonio San Román Sevillano

Tomado de: *Babelia*, suplemento cultural del periódico *El País*, número 551, 15 de junio de 2002.

94

Cuando despertó en su nueva casa sintió el mismo sofoco ya conocido, como si, en lugar de solo, hubiera dormido con una multitud. En el baño, pegada al espejo con jabón, encontró la nota. Nos hemos mudado contigo, decía.

Marcos Giralte Torrente

Tomado de: *Babelia*, suplemento cultural del periódico *El País*, número 588, 1 de marzo de 2003.

Como no sirvo para recordar nombres, alquilé un elefante de Birmania para que lo hiciera por mí, pero tuve que devolverlo porque su trompeteo molestaba a los vecinos y su lomo me hacía astillas los muebles.

Raymond Chandler

Tomado de: *El Semanario*, suplemento cultural del periódico *Novedades*, número 65, 3 de julio de 1983.

Las sirenas o la libre empresa

Cierto balneario hubo de adquirir, para fines estrictamente propagandísticos, un lote de sirenas. Traídas en peceras anchas y altas, las distribuyeron por todas las piscinas. Para que no extrañaran su lugar de origen, también se compraron pececillos dorados, caballos de mar y uno que otro tritón. El siguiente paso fue ahondar las albercas y colocar un letrero luminoso que con descaro anuncia a las bellas y sugestivas sirenas e indica tarifas.

Ninguno nada por admirarlas. Su belleza es elocuente. Pero como lanzan al viento su voz *que encanta a los humanos hasta cultivarlos y hacerles olvidar a la mujer y a los hijos*, es indispensable tener dos o tres salvavidas —cuyos oídos están tapados con cera dulce— dispuestos a evitar que alguna persona se ahogue al arrojarse tras ellas.

La clientela, masculina en su totalidad, abarrota las piscinas desde entonces. Los balnearios cercanos, sin recursos económicos suficientes para contrarrestar la hábil propaganda, tuvieron que cerrar por quiebra, ya que sus albercas se habían secado de soledad.

(El pez grande se traga sin remedio al pequeño.)

Rene Avilés Fabila

Tomado de: Yo no canto, Ulices, cuento, la sirena en el microrrelato mexicano. CONACULTA

97

En alguna página soberbia

La pareja natural invita a cenar a la escritora, para tener el honor de conocerla, de escucharla personalmente. La escritora se dispone a hacer gala de sus mejores discursos para no decepcionarlos, para pagarles de algún modo esa deferencia. Héte aquí que la pareja natural la recibe sin vino y con la hija adolescente; y no les parará la boca el resto de la noche. Él cuenta con pormenor primitivo sus enfermedades del riñón, del hígado y del páncreas, y sus ocho intervenciones quirúrgicas; ella cuenta chistes y ríe muchísimo; la hija cuenta sus excursiones colegiales. La escritora traga y calla. Ya se vengará en alguna página soberbia.

Ethel Krauze en, *Minificción mexicana*. UNAM.

98

Alguien fue a ver al príncipe de Liang y le pidió que prohibiera a Hui Tsi, su consejero, el uso de las metáforas. El príncipe lo mandó llamar y le dijo: "De ahora en adelante tienes que hablar en términos directos, sin metáforas". Hui Tsi respondió: "Suponga su majestad que un hombre no sabe qué es una catapulta ¿Entendería si le dicen que una catapulta es una catapulta?" El príncipe contestó que era obvio que no entendería. Hui Tsi continuó: "Pero si le dicen que una catapulta es como un arco enorme con cuerda de bambú ¿entendería mejor?". El príncipe dijo que sí. Hui Tsi terminó con estas palabras: "Cuando le explicamos a alguien lo que desconoce haciendo referencia a lo que conoce comprende más fácilmente. Si su majestad me prohíbe el uso de metáforas, ¿cómo podré explicarle algunas cosas?". El príncipe dio la razón a Hui Tsi.

Liu Xiang

Tomado de: *La largueza del cuento corto chino*, Verdealago

El fantasma del camino

Un espíritu sobrenatural, como de siete metros de altura, asolaba un camino vecinal de Taiyuán. Muchas personas murieron ante esa aparición.

Cierta noche, unos jóvenes propusieron una gran recompensa a quien matara al fantasma, pero casi todos vacilaron, excepto Tou, quien aceptó el reto. Sin embargo, los otros dudaron de su arrojo y lo siguieron para comprobar si realmente lo mataba.

Tou encontró pronto al fantasma, quien huyó perseguido a flechazos y, después de recibir tres flechas en su cuerpo, cayó a un abismo. Los otros jóvenes se acercaron a Tou para felicitarlo y pedirle disculpas por haber desconfiado de su valor. Luego fueron a gastarse el monto de la apuesta en una borrachera que duró hasta el amanecer.

Cuando llegó el día, todos los jóvenes fueron a ver al fantasma muerto, pero sólo encontraron un enorme cuerpo de mimbre, vestido, y atravesado por tres flechas.

Niu Su

(Dinastía Tang)

Tomado de: *La largueza del cuento corto chino*, Verdealago